

Valores y juventud: una perspectiva sociológica

Lícer Viveros

La Sociología, como ciencia social, tiene una perspectiva específica, tanto teórica cuanto metodológica, para abordar temas relacionados con la vida humana y en particular con aquellos que se refieren a los distintos ciclos de la existencia, a través de los cuales, junto con la maduración biológica, se dan como variables concomitantes formas de interacción social que difieren a lo largo de las distintas edades. Sin duda, el concepto de mayor importancia para comprender lo social es aquel que incluye todo lo que signifique interacción, esto es, el dar y recibir estímulos cuya significación sea o pueda llegar a ser socialmente compartida. En particular, por la última razón indicada, nuestro punto de partida primordial para comprender los valores de la juventud viene a ser el denominado proceso de socialización, conocido también como proceso de endoculturación, mediante el cual todos los grupos y sociedades les confieren a sus nuevos integrantes signos de identidad enraizados en los valores, que a través del tiempo se han venido sustentando en ese grupo o sociedad. Al respecto, es pertinente no olvidar que entre los agentes más relevantes que contribuyen en la ocurrencia de ese proceso se encuentran la familia, la escuela, los medios de comunicación colectiva y los grupos de iguales.

La Sociología, entonces, al estudiar las acciones e interacciones sociales recurrentes de la conducta humana intenta descubrir las condiciones que hacen posible el mantenimiento o el cambio del orden social, con lo cual llegamos a distinguir las regularidades que ocurren en sociedades distintas o en una misma sociedad a medida que transcurre el tiempo. Entre ellas, cuando abordamos el tema de la adolescencia y la juventud nos percatamos que para caracterizarla y comprenderla, los estilos han sido distintos según sea el lugar y la época que analicemos. Por ejemplo, si estudiamos la duración de la adolescencia y la juventud en tanto ciclo vital, constatamos que ella tiene distinto alcance si la sociedad estudiada es del pasado o del presente, primitiva o moderna, de oriente

u occidente, de sociedades subdesarrolladas o de sociedades de alta tecnología industrial o desarrollo económico; en último término, nadie podría caracterizar a los adolescentes y jóvenes con el mismo criterio si se les estudia en un contexto rural o en uno urbano.

En el marco de referencia de los propósitos u objetivos que programa el ser humano, sea para salir de caza en busca de recursos alimenticios o para poner en órbita un satélite de comunicaciones, subyace como elemento potenciador el concepto de valor en todas las dimensiones en que sea posible imaginarlo. Este concepto, en el uso social vulgar, aparece como cualquiera cualidad atribuida a objetos o personas, lo cual nos permite inferir que su significación dependerá de la cultura o subcultura en que se observa. En general, la expresión valores tiene para el juicio común diversas acepciones y significados, entre otros se le asocia con deberes, obligaciones morales, intereses, preferencias, gustos, placeres, atracciones, aversiones, deseos, necesidades, en fin, con cualquiera modalidad de orientación conductual selectiva. En el ámbito de la Sociología la significación de los valores se restringe, sin excluir las anteriores, a conceptos que se refieren a costumbres, normas, actitudes, ideologías, éticas, aspiraciones, obligaciones y derechos; persistiendo, por cierto, la noción de lo evaluativo, en tanto subyace algún modo de selectividad justificada por el hecho de dar origen a conductas que se consideran adecuadas para la situación o circunstancias donde se manifiesten. Puede al respecto sostenerse que los valores proporcionan las explicaciones razonables para el comportamiento en los grupos o en las sociedades.

Desde el punto de vista psicosocial, los valores constituyen los componentes nucleares de una constelación potencial o latente que orienta el comportamiento hacia objetos y metas con preferencias ante alternativas posibles. William I. Thomas y Florian Znaniecki, los celebrados autores del estudio titulado "El Campesino Polaco en Europa y América" (1918-1920) dieron en su texto una definición del concepto de valor asociada a la noción de actitud, diciendo: "Por un valor social entendemos cualquier dato que tiene contenido empírico accesible a los miembros de algún grupo social y un significado con respecto al cual es o puede ser un objeto de actividad" . . . y "por actitud entendemos un proceso de conciencia individual que determina la actividad posible o real de un individuo en el mundo social". En otras palabras, en la perspectiva de los autores mencionados la actitud es el contrapunto del valor social, y la actividad o manifestación conductual, cualquiera sea su forma, es el nexo o enlace dinámico entre ellos. Por lo tanto, valor o actitud, sociológicamente sólo pueden ser entendidos de manera conjunta y combinada.

La acepción propiamente sociológica del concepto de valor guarda estrecha relación con la acepción filosófica, pero esencialmente con referencia a lo normativo cultural. Al respecto el sociólogo Harry Johnson

dice que “los valores son pautas o patrones generales, pudiendo considerárseles como normas de orden superior” con las cuales delimitamos qué es lo deseable. Por su parte Talcott Parsons en su obra *El Sistema Social* afirma que “se puede llamar valor a un elemento componente de un sistema simbólico compartido que sirve de criterio o estándar para la selección entre alternativas disponibles de orientación de la conducta”. Este mismo autor en otra de sus obras, editada en compañía de Edward Shils, definen un valor como “una concepción, explícita o implícita, distintiva de un individuo o característica de un grupo, de lo deseable que influye en la selección entre modos, medios y fines disponibles de acción”. En estas concepciones los valores se identifican con lo que llamaríamos normas fundamentales que, como sabemos, organizan, integran, guían y canalizan las acciones de los integrantes de la sociedad, en quienes las damos por aceptadas y compartidas, en tanto las han internalizado, incorporándolas a los esquemas psíquicos, individual y colectivamente, para orientar la multiplicidad de formas que puede asumir el comportamiento humano.

Para los fines de ilustrar de manera coonveniente la exposición teórica anterior, veremos diversas situaciones en las cuales el aspecto valorativo aparece claramente asociado con procesos de interacción social o como resultado de ellos.

La norma de que los gobernantes deben ser elegidos, se explica y justifica diciendo que la elección popular es necesaria para que se realice la democracia, pero a su vez el valor democracia es parte del razonamiento normativo resultante como producto de la múltiple variabilidad social interactiva en las diversas sociedades. Este ejemplo pudiera no parecer satisfactorio, tal vez lo sea, porque no es difícil imaginarse que el valor democracia se manifiesta entre los adultos que ya han recorrido un largo proceso de endoculturación y obviamente donde dicha forma política ha tenido vigencia. Pero ¿qué ocurrirá, digamos, con un niño cuando manifiesta vivamente sus sentimientos ante la injusticia de ser castigado por un acto inocente, habiendo advertido que su padre no observa la imposición que le exige? Sin duda, reaccionará repudiando la autoridad paterna y se formará un juicio sobre ella en tanto fuente de sus valores. De todas maneras nos queda pendiente la pregunta ¿de dónde surgió en él la idea de justicia e injusticia?, aun admitiendo que pudiera estar equivocado, ya que, como es obvio, muchas veces lo apropiadamente justo para un padre no tiene necesariamente que serlo para el hijo-niño y viceversa. Pues bien, en algún período dado del desarrollo psicosocial y físico del niño, aun en la satisfacción de sus necesidades más básicas, las interacciones cotidianas, en el marco del grupo familiar, van imprimiendo algún sello de lo justo y de lo injusto, de lo bueno y de lo malo, con lo cual comienza a manejar intuitiva, refleja e informalmente

el significado de tales conceptos. De este modo pudiera comprenderse que, como aprendemos a valorar, llegamos a ser capaces de asignarle valor a las entidades que lo poseen y no a la inversa, esto es, a reconocer que poseen valor por el hecho de que las valoramos; por tal razón aceptamos que las exigencias ante ciertas situaciones son tan obligatorias para los demás como para nosotros mismos, o sea, disponemos de expectativas valorativas para nuestro comportamiento, para el comportamiento de los demás y, finalmente, para las expectativas que los demás tienen respecto a nuestras manifestaciones conductuales. Todo lo anterior se hará efectivo y adquirirá relevancia empírica en el instante en que recibamos o entreguemos estímulos socialmente significativos, vale decir, cuando nos encontremos en una situación social de interacción.

Desde luego, aunque parezca obvio exponerlo, si los valores tienen vida como resultantes sociales y tal cosa ocurre al interior de la sociedad, ésta, como sabemos, no constituye un todo integrado de manera pareja o equivalente. Hay, por cierto, diferencias, sean ellas a lo largo del tiempo o en los distintos lugares y ambientes donde el hombre desarrolla su vida. Al respecto, y como un breve paréntesis, es oportuno recordar que si bien lo social y lo cultural constituyen para nosotros la materia objeto esencial, no es posible omitir otros factores condicionantes de la vida humana que no son sociales, sino más bien naturales, por ejemplo, geográficos o ecológicos y aún biológicos. Sin embargo, también es conveniente no olvidar el carácter necesario de los primeros para en verdad comprender al hombre como especie, porque, dicho simplemente, tan social es un ser humano habitante de las islas tropicales, como un esquimal o alguien que viva en el desierto del norte chileno.

Retomando la idea de las concepciones valorativas diferenciales observables en distintos contextos socioculturales, no cabe duda de que, por ejemplo, los valores que orientan a los individuos en una fila para obtener alimentos en tiempos de guerra no son, con mucho, parecidos a los de quienes están ante la boletería donde se venden las entradas para un concierto. En verdad este ejemplo se nos presenta como bastante trivial..., veamos entonces otro, cuyos contenidos son mejores y más pertinentes para mostrar cómo los valores de culturas diferentes conducen a comportamientos específicos.

En la obra de la antropóloga norteamericana Ruth Benedict, titulada *El Crisantemo y la Espada. Patrones de la Cultura Japonesa*, que fue elaborada en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, con el fin de buscar la manera de facilitar la predicción del comportamiento del enemigo en el Pacífico y las soluciones para acelerar la victoria e institucionalizar posteriormente la ocupación, encontramos un ejemplo más interesante.

Si resumimos lo que venimos diciendo acerca de las vinculaciones entre SN y M, podemos reducir las alternativas a los esquemas siguientes:

$$(A) \quad SN \text{---} M \quad (B) \quad \left. \begin{array}{l} SNa \\ SNb \\ SNc \\ SNn \end{array} \right\} M \quad (C) \quad SN \left\{ \begin{array}{l} Ma \\ Mb \\ Mc \\ Mn \end{array} \right.$$

Se trata de relaciones uno a uno (A), varios a uno (B) y uno a varios (C). No está indicada, en los tres esquemas, la dirección de la acción. Veamos cómo cada una de las cuatro interpretaciones expuestas especifica direcciones diferentes en cada caso.

La vinculación causal uno a uno es el modelo que aspira a ver cumplido el materialismo, 3. (A) será entendida de este modo por 3.:

$$SN \text{---} \rightarrow M$$

Se trata de un causalismo “ascendente” donde cada estado mental está determinado por uno (y sólo uno) neuronal. Recordemos que hablamos esta vez de un materialismo no radicalizado, un materialismo que acepta la presencia de hechos mentales. La organización de SN corre aquí con la entera responsabilidad causal de lo que ocurre en una mente. Recoge sus éxitos mayores en los niveles sensoriales primarios. Sus principales escollos son el acto voluntario y la presencia de vínculos de las clases (B) y (C).

Si (B) y (C) son entendidos como esquemas de acción en dos sentidos (\leftrightarrow) entre M y SN, no como acciones unidireccionales ($\text{---} \rightarrow$) desde sólo uno de ellos hacia el otro, tendremos que su suma conforma el orden de hechos aceptados por el interaccionismo, 1. Es decir, que 1 interpreta así a los esquemas (B) y (C):

$$(B) \quad \left. \begin{array}{l} SNa \\ SNb \\ SNc \\ SNn \end{array} \right\} M \quad (C) \quad SN \left\{ \begin{array}{l} Ma \\ Mb \\ Mc \\ Mn \end{array} \right.$$

Nótese que 1. a diferencia de 3. acepta una “causalidad múltiple” (tanto “ascendente” como “descendente”): estados diversos de SN (a,b,c...n) producen un mismo hecho mental; y distintos estados de M (a,b,c...n) causan un hecho de la misma clase en SN.

Si, en cambio, (B) y (C) describen sólo una correspondencia (no un nexa causal) entre SN y M, estamos frente a la versión del paralelismo psicofísico, 4.:

nes de la realidad social son cambiantes y circunstanciadas, y la promoción de lealtades se orienta también bajo esos cánones, con toda seguridad respondiendo a las demandas de quienes contratan sus servicios, para la publicidad o la propaganda.

Parece evidente que la juventud experimenta de modo personal, y con alto grado de aceptación, los valores que recién hemos mencionado. Del mismo modo puede decirse que están estrechamente asociados con las experiencias personales y, por lo tanto, su evaluación tiene como marco de referencia las propias ideas, creencias o juicios del joven en quien la integración es todavía débil e insuficiente, pues la configuración de su ego es aún relativamente fragmentada e inconexa, dado que se cumplen en esta etapa de la vida multiplicidad de reflexiones en torno a la estabilización de la propia identidad.

Sobre este punto es conveniente agregar algunas precisiones; la noción de valor en la especie humana tiene sus orígenes y desarrollo desde las más tempranas etapas de la existencia. Los estímulos de la madre, sus gestos y expresiones desde el nacimiento, constituyen poderosas fuerzas integrativas de gran influencia sobre el niño por su significación simbólica. Los sonidos articulados y su entonación emocional, desde los primeros contactos, tenderán a configurar valores con referencia a lo bueno y a lo malo, y, a medida que las situaciones familiares, los patrones culturales y los esquemas normativos se incorporen de manera paulatina y consistente en los esquemas psíquicos del niño, éste internalizará valores y normas en una atmósfera donde las preferencias selectivas reflejarán la idea de valor manifestándose en conductas que expresen interés, asombro, excitación e identificación, vinculándose al carácter valente de la situación. Diciéndolo de manera abreviada, en la primera etapa de la vida humana los valores tienen la característica de ser predominantemente reflejos.

Con la adolescencia se hacen presentes también claras distinciones entre el mundo de la fantasía y la realidad. Este hecho puede con no poca frecuencia originar en los padres sentimientos encontrados de frustración, de autocrítica y aún de dolor, al darse cuenta cómo esa imagen magnificada que solían proyectar sobre sus hijos tiende a desdibujarse o a deteriorarse; ya no son los más fuertes ni los más sabios, su autoridad es puesta en tela de juicio y su modo de pensar cuestionado por su obsolescencia. Si el adulto tiene conocimientos y mantiene conciencia acerca de la situación podrá comprender que hay tres grandes áreas de la estructura psicosocial de la personalidad del adolescente, donde están ocurriendo grandes cambios. En primer lugar, se produce un descubrimiento del sí mismo, del ego, es decir, cómo se ve el adolescente a sí mismo, en los intentos por descubrir su propia interioridad, donde muchos egos están luchando por la supremacía, hasta convertirse, si el éxito acompaña al proceso, en uno solo, integrado, estable y maduro. A la par también es

preocupación del adolescente constatar la recepción que la proyección de su propia individualidad tiene en los demás, pues parte importante de su configuración personal está enraizada en los grupos a que pertenece y en los que toma como referencia.

En segundo lugar, aparece como un cambio significativo el que la vida del adolescente comience a manifestarse con orientaciones hacia el futuro, esto es, en la estructuración de planes de vida y aspiraciones de la más diversa índole. En algunos casos, los intentos son por canalizar potencialidades o vocaciones, en otros por asimilar modelos que con la mayor frecuencia no tienen como referente principal a los agentes primarios de socialización, o sea, los padres.

Por último, en tercer lugar, y ésta es el área que nos interesa en nuestra exposición, se constata un intenso proceso de selección e integración de un sistema personal de valores con respecto a ética, estética, religión, amor, poder, dinero, etc.

Al llegar a la adolescencia e iniciarse efectivamente lo que entendemos por juventud, tales valores pueden comenzar a ser cuestionados, sobre todo si aceptamos, como se inclinan a explicar los investigadores actuales, entre otros, Erikson, que las inquietudes juveniles no son otra cosa que esfuerzos por encontrar autorrealización y expresión personal en el enfrentamiento con los marcos de referencias existentes que afectan sus propias vidas. Es un hecho que la sociedad actual está estructurada burocráticamente, es decir, predomina en ella un modo de organización tecnologizado. Las interacciones sociales son en este ámbito altamente racionalizadas, se refuerza la neutralidad afectiva entre los participantes y con frecuencia se subordinan los derechos individuales a beneficio de los grandes intereses de la sociedad. Por su parte, los medios masivos de comunicación proporcionan definiciones cambiantes de las lealtades y de la realidad social; ante tal situación, los sujetos en proceso de autoafirmación de la personalidad, enmarcados, por una parte, con fuertes signos de incertidumbre y, por otra, con sentimientos de alienación y carencia de poder tienden a integrar a su modo de enfrentar el mundo valores que en el núcleo de su estructura aparecen como contraculturales, pero que, en su verdadero sentido, son creencias en la amenaza a valores tan importantes como son la igualdad y la justicia, sobre todo, llegan a ser mecanismos de autoexploración, sea cuando se busca trabajo, o se aspira a constituir una familia. Los mecanismos éticos de autorrealización personal suelen apoyarse en formas de contracultura con estilos de vida que proporcionan bases a aquéllos que no desean trabajar de modo estable, contraer matrimonio e instalarse a vivir independientemente en un área donde no conoce a nadie.

Sobre la base de los antecedentes expuestos podremos tener mayores probabilidades de éxito para comprender las modalidades que asumen

los valores cuando se manifiestan entre personas jóvenes. Al respecto, el sociólogo norteamericano Kingsley Davis creó allá por mediados de la década de los años 40 la expresión "expectativas juveniles galopantes", refiriéndose con ella a los grupos de jóvenes que aspiraban a la más completa igualdad, situación de la que se originaban tensiones y conflictos que al propagarse sentaban las bases para las pugnas intergeneracionales en pos de los bienes, posiciones o servicios existentes en cantidad escasa en el medio. Si, 'mutatis mutandis', trasladamos esta concepción a nuestra realidad social, parecerá más fácil la comprensión de ciertos valores contraculturales que suelen movilizar a los adolescentes y jóvenes en un afán de reorientar el orden social existente y de redimir, desde su óptica, a aquellos que se pudieren encontrar en una situación de marginalidad social institucionalizada.

Estos impulsos contraculturales que constituyen la moral interna de los sujetos en cuanto a sus concepciones del bien, la justicia o la verdad, se contraponen a lo que hemos denominado lo permisible social, es decir, el ethos externo que facilita la convivencia exigiendo adaptación, adecuación y aun, en no pocos casos, disimulos y subterfugios. Hemos de concluir aceptando que los valores suponen un sentimiento de responsabilidad y de apreciación crítica selectiva y que las acciones y sentimientos propios de la juventud llegan a complementarse con lo existente en términos de ideas definidas, responsabilidades, racionalizaciones y aceptación reflexiva consciente; aunque ello signifique la estructuración de un censor interior, que venga a imponer su disciplina desde los marcos sociales en la vida de las personas que, al hacerse adultos, devienen en aceptarlos, cultivarlos e imponerlos.

ABSTRACT

After commenting on fundamental sociological value functions, the author proceeds to describe different situations where the value plane either associates with social interaction, or becomes its result. In that context, juvenile attitudes which originate in values held by the young themselves, are described as tightly connected with their personal experience from the moment of self or ego discovery. And if such values are to imply responsibility as well as selective critical appreciation, sociological investigation together with a pragmatic value orientation are fundamental to this passage from youth to maturity.

REFERENCIAS

- BENEDICT, Ruth, *The chrysanthemum and the sword. Patterns of japanese culture*, Boston, Houghton, 1946.
- DAVIS, Kingsley, "Adolescence and the social structure", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* [Philadelphia], Vol. 236, november 1944, pp. 8-16.